



Escena de *Così fan "tutti"* en la Royal Opera House
Foto: Stephen Cummiskey

Ópera en Inglaterra

por Eduardo Benarroch

Così fan "tutti" en Londres

Octubre 3, 2016. En ópera hay muchos caminos para presentar la trama sin caer en malentendidos ni confusiones. Esta observación viene al caso porque la nueva producción de esta ya de por sí difícil obra, contiene un momento que dejó estupefactos a todos los que aman y respetan al género. Al fondo se ven las palabras en mayúsculas COSI FAN TUTTE (*Así hacen todas*), unos operarios instalan luces por dentro y se encienden para que el público vea el cartelón encendido. Poco después se acercan, desenroscan unas lámparas en la "E" para que sólo quede una "I" y se leen las palabras COSI FAN TUTTI (*Así hacen todos*).

No quedan ganas de comentar una producción de por sí mediocre, que permite tales errores garrafales. O se hace ópera con respeto a la obra y su contenido, o los teatros las deben prohibir. Por eso el señor **Jan Philipp Gloger** no merece más comentarios.

El elenco tampoco fue para decir mucho, pero entre ellos destacó el tenor **Daniel Behle** como Ferrando, un joven cuya voz sabe comunicar con buen fraseo y excelente dicción. **Alessio Arduini** destacó menos como un Guglielmo demasiado consciente de sí

mismo, y algo similar ocurrió con la Dorabella de **Angela Brower**. Debe haber límites de lo despiertos que deben estar los personajes en escena, o al menos que haya una relación dramática entre ellos.

Al menos **Corinne Winters** exhibió una voz prometedor, quizás corta en expresión en 'Come scoglio', pero mucho más en papel en 'Per pietà'. El dúo con Ferrando fue realmente conmovedor. La joven **Sabina Puértolas** tomó el rol de Despina, con voz irregular pero muy suelta en escena, y **Johannes Martin Kränzle** fue un elegante Don Alfonso, una figura que trataba de asemejarse a un Da Ponte del teatro: una buena idea mal resuelta.

El final no podía haber sido peor presentado, revelando un director que ya no tenía idea alguna de qué hacer con los cantantes ni con la obra. Los cantantes a la deriva, haciendo lo que podían y también lo que no debían (incurriendo en una serie de gestos decimonónicos)... y la obra terminó naufragando en un mar de mediocridad anodina.

En este contexto la dirección de **Semyon Bychkov** pareció una brisa de aire fresco. Los *tempi* rápidos, urgentes, el fraseo siempre bien marcado, los solistas orquestales siempre excelentes. No fue problema de la orquesta, ni del director y ni siquiera de los cantantes. La Ópera Real de Londres debe pensar mejor cómo contratar a mejores directores de escena.

Les contes d'Hoffmann

Noviembre 21. Aunque bien ensayada por **Daniel Dooner**, la producción de **John Schlesinger** muestra sus 36 años de desgaste; en otras palabras, ésta fue una producción tradicional para su época, y ahora es otra época y se necesitan ideas frescas para hacer justicia a una obra tan interesante como ésta.

Tampoco convenció el elenco, en especial los dos principales protagonistas. Hay que recordar (pero no idolizar) que en estos dos roles se han tenido cantantes como Alfredo Kraus y Plácido Domingo y también James Morris y Samuel Ramey. Por lo tanto, hay un cierto estilo que se debe respetar.

Aunque su biografía dice que lo ha cantado en el Met neoyorkino, la voz de **Thomas Hampson** invita a la pregunta: "¿cómo?" No es cuestión de discutir su carrera —que ha sido brillante—. Sólo es cuestión de decir que éste es un rol que nunca le caerá bien a su voz, ni ahora ni después. Su voz tiende a ser aflautada, de color muy liviano, y los villanos de Offenbach necesitan voces (o una voz) que muerdan mucho más, que tengan más cuerpo y sustancia; en una palabra, que tengan graves con peso. Muchas de las frases mas cónicas de Miracle o de Lindorf yacen en el registro grave, así como también el aria 'Scintille diamant' de Dapertutto, que necesita una voz mucho más expresiva.

En el rol principal de *Los cuentos de Hoffmann* se tuvo a uno de los tenores del momento. La voz de **Vittorio Grigolo** es ancha y por momentos tiende a destemplarse. Tiene los agudos, es cierto, y son seguros, pero pueden llegar a sonar estridentes. Grigolo actuó en forma muy convincente, personificando al poeta embriagado no sólo de alcohol sino de su propia búsqueda de inspiración.

Las mujeres cumplieron mejor. **Sofia Fomina** divirtió al público con una Olympia de gestos abruptos, su coloratura resultó espectacular pero por momentos inexacta. **Christine Rice** resaltó la sensualidad de Giulietta con una creación excelente, de voz bella y redonda; y otra figura que está muy en el tapete internacional,



Christine Rice (Giulietta) y Vittorio Grigolo (Hoffmann)
Foto: Catherine Ashmore

Sonya Yoncheva encarnó Antonia. La Yoncheva posee una voz bella y luce muy bien en escena y es también buena actriz. Quizás debería poner un poco más de expresión en su voz, y mejorar el trino final, pero su Antonia convenció en este contexto.

No se vio la razón de importar una mezzo americana, **Kate Lindsey**, para el rol de Nicklausse. Su voz liviana fue por momentos inaudible, aunque actuó bien. **Christophe Mortagne** fue un Spalanzani excelente y **Vincent Ordonneau** brilló como el cantante múltiple, Andrés/Cochénille/Pittichinaccio/Frantz. **Eric Halfvarson** mostró cómo un verdadero bajo puede dar vida a un rol como Crespel. El coro cumplió con todos los requisitos requeridos, destacando un buen sonido compacto, y la orquesta bajo la batuta de **Evelino Pidò** sonó en forma agradable, si bien un poco monótona.

La nariz en Londres

Octubre 24. *La nariz* (*Hoc* en ruso o *Nos*, transliterado) fue la primera ópera del joven Dmitri Shostakóvich. También es una historia corta de Nicolai Gogol, que murió muy joven. Ambas obras pertenecen a períodos históricos bien definidos y tienen un significado dramático. Un Consejero que pierde su nariz al ser afeitado por su barbero es una tragedia para cualquiera; pero en manos de Gogol se vuelve un ácido vehículo para criticar a la sociedad.

A Shostakóvich se le conoce por algo similar: su música descubre todo aquello que el régimen de Stalin pretende ocultar. Es una obra peligrosa y difícil de poner satisfactoriamente. **Barrie Kosky** es el director artístico de la Komische Oper berlinesa, donde ha puesto numerosas producciones que dan rienda suelta a su predilección por mostrar conexiones con el vodevil de los años 20 y la República de Weimar. Es un estupendo *regista* que sabe mover los personajes en escena. Con *La nariz*, Kosky se encuentra en su elemento, y el *show* ininterrumpido (dura casi dos horas) deja al público boquiabierto por la abundancia de imaginación y por la

coreografía. Una vez cortada la nariz, ¿cómo diferenciar al resto del elenco? Porque todo el elenco posee una nariz enorme con la típica curvatura judía (palabras del propio Kosky). La Nariz en cuestión decide irse de paseo por la ciudad, y para ello Kosky usa una Nariz enorme montada sobre un niño y en una rutina digna del Music Hall la rodea de 11 narices sobre bailarines adultos que hacen un zapateado frente al telón.

El público de Londres gusta del vodevil y aplaudió a rabiar estas rutinas, que incluyeron también *travestis*. Si el objetivo de este *show* era divertir al público, lo logró y mucho más. Pocas veces se ha visto un *show* tan bien ensayado y además tan bien cantado. Ése no fue el problema. Hubo poquísimos momentos de reflexión, y esto se perdió dentro del torbellino coreográfico. Esta obra es más que eso, y no se entiende por qué se presentó en una traducción pueril al inglés.

El elenco incluye 30 cantantes que interpretan 77 roles. **Martin Winkler** descolló como el Consejero Kovalov, **John Tomlinson** como el Barbero y **Wolfgang Ablinger Sperrhacker** como Ivan, el sirviente de Kovalov. Imposible detallar a todos que merecen los más altos elogios.

En de este contexto, la dirección de **Ingo Metzmacher** fue un baluarte de precisión, claridad y humor. Sus años al frente de la Ópera de Hamburgo le han dado autoridad a sus lecturas y su Shostakóvich lo tuvo todo, en especial el humor onomatopéyico que anuncia al Shostakovich más maduro. La orquesta de la casa respondió bien a este talentoso director y los sonidos que emanaban del foso fueron un lujo asiático. Sólo faltó más drama en escena para que fuera perfecto. ●



John Tomlinson y Martin Winkler en *La nariz*
Foto: Bill Cooper